

## 15. KANT.

Kant es el filósofo más importante del siglo XVIII. Llevó a cabo una síntesis de racionalismo, empirismo e ilustración, con lo que revolucionó la teoría del conocimiento y la ética. También ejerció una gran influencia en la filosofía posterior.

### 1. VIDA Y OBRA.

Immanuel Kant nació en Königsberg (antigua Prusia) en 1724. Pertenecía a una familia modesta, ya que su padre era guarnicionero. También era su familia muy religiosa, de pietistas (el pietismo era una secta protestante que propugnaba la vuelta a la religiosidad más personal, sincera y sencilla de los primeros tiempos del protestantismo, en lugar del mero formalismo en que había quedado reducido éste). Kant no salió prácticamente nunca de Königsberg, donde estudió y enseñó en la Universidad. Murió en 1804. Su vida, al menos exteriormente, fue tranquila y desprovista de acontecimientos.



Immanuel Kant

La filosofía de Kant comprende dos períodos: el **período pre-crítico** y el período **crítico**. En el primero Kant fue racionalista, seguidor de la **filosofía leibniziano-wolffiana**; en el segundo elaboró su propia filosofía. Suele fecharse en 1770 el momento de este cambio. Sus obras más importantes pertenecen al segundo período, en especial sus tres grandes *Críticas*: *Crítica de la razón pura* (1781), *Crítica de la razón práctica* (1788) y *Crítica del juicio*. Merecen ser citadas también la

Kant en su artículo de revista *Respuesta a la cuestión: ¿Qué son las luces?*, de 1793, dice que la **Ilustración** significa la salida del hombre de su minoría de edad, es decir, de la incapacidad de servirse de su entendimiento sin la dirección de otra persona. Ahora bien, esta incapacidad, recalca Kant, no obedece a un defecto del entendimiento, sino que la causa hay que buscarla en la irresponsabilidad del sujeto, puesto que son la pereza y la cobardía las razones de que la mayor parte de la humanidad permanezca menor de edad toda su vida. ¡Es tan fácil ser menor! Si se me dirige no tengo necesidad de tener que molestarme por mí mismo. “¡Sapere aude! Ten el valor de servirte de tu propio entendimiento. He ahí la divisa de las luces.”

*Fundamentación de la metafísica de las costumbres, La religión dentro de los límites de la mera razón y La paz perpetua.* Con su obra sobre filosofía de la religión tuvo Kant un problema con la censura, lo que le llevó a no volver a ocuparse públicamente de este tema. En su obra de filosofía política Kant simpatiza con los ideales de la Revolución francesa.

## 2. INFLUENCIAS EN EL PENSAMIENTO DE KANT.

Kant es un filósofo **ilustrado**, como se refleja perfectamente en su artículo del cuadro. Recibe, además, una gran influencia de la **física de Newton**, la cual conocía muy bien, y a la que realizó alguna aportación, como la hipótesis de la nebulosa, llamada de kant-Laplace. Kant, por otra parte, era una persona muy religiosa y de profundas convicciones morales. Sin embargo, la imagen del mundo que nos ofrece la física parecía justo lo opuesto a la imagen que nos ofrece la religión



Con Isaac Newton (1642-1727) culmina la revolución científica que se había iniciado en el siglo XVI. En su gran obra *Principios matemáticos de filosofía natural* Newton supo sintetizar materiales de sus predecesores (Galileo, Kepler, etc.), que hasta entonces aparecían inconexos, exponiendo de modo sistemático la física moderna, y consiguiendo hacer triunfar la imagen del mundo mecanicista y determinista que se impuso en la época moderna.



“El cielo estrellado sobre mí y la ley moral en mí”. Van Gogh, *Una noche estrellada*.

y la moral (libertad, inmortalidad, Dios). El problema fundamental para Kant será entonces el de cómo armonizar la ciencia y la **moral** y la **religión**, ya que el filósofo no estaba dispuesto a renunciar a ninguno de estos dos puntos de vista. Escribió que para él había dos cosas principales que le producían admiración y respeto: "el cielo estrellado sobre mí y la ley moral en mí".

En Kant, además, el racionalismo y el empirismo se combinan. El racionalismo pone especial énfasis en la razón, el empirismo en la experiencia. Pero, ¿por qué renunciar a cualquiera de las dos? En el conocimiento humano se deben dar la mano la razón y la experiencia. El problema del **racionalismo** es que, abandonando la experiencia, se pierde por los vericuetos metafísicos, donde es posible demostrar todo, sin ponerse de acuerdo en nada. Pero el **empirismo** también es problemático. El empirismo es incapaz de justificar la ciencia. Ya vimos como, según Hume, por experiencia a lo más que se llega es a una mera probabilidad. Y esto a Kant le parece insuficiente.

### 3. TEORÍA DEL CONOCIMIENTO.

#### 3.1. EL PROBLEMA DE LA METAFÍSICA.

La teoría del conocimiento de Kant se expone fundamentalmente en la *Crítica de la razón pura*. Esta obra la comienza Kant mostrando una gran preocupación por la situación en que se encontraba la metafísica en su tiempo. Los problemas capitales de la metafísica son la libertad, la inmortalidad y Dios, los temas más importantes del conocimiento humano. Sin embargo, observa Kant, la metafísica está desacreditada. Y la razón es comprensible: mientras que en la ciencia (en lógica, matemática y física, las únicas ciencias constituidas en tiempo de Kant) hay ya un gran área de conocimiento aceptada por todos los científicos, unido a un progreso constante, en metafísica, en cambio, estamos siempre igual que al principio, porque nadie se pone de acuerdo. La metafísica, dice Kant, parece más que otra cosa un campo de batalla, donde no se para de guerrear, pero donde ningún contrincante conquista nunca a la otra parte ninguna mínima cantidad de terreno.

#### 3.2. EL CRITICISMO.

Es necesario plantearse, por tanto, valientemente y de una vez por todas si no será mejor abandonar definitivamente el estudio de estas cuestiones, dado que, pudiera ser, que su dificultad excediera nuestra capacidad de comprensión. Kant llama **dogmatismo** a la actitud de los filósofos racionalistas de dar por sentado, de entrada, sin plantearse antes la cuestión, de que la razón humana es perfectamente capaz de solucionar los problemas de la metafísica. Al dogmatismo opone el **criticismo**, esto es, el examen del conocimiento humano para ver hasta donde

llega su poder. El criticismo es la esencia de su filosofía. Fue Hume, nos dice Kant, quien "le despertó del sueño dogmático".

### 3.3. EL CONOCIMIENTO A PRIORI.

Conocimiento a priori significa conocimiento que no es de experiencia. Está claro que la metafísica, si fuera posible, sería un conocimiento a priori. Pero, ¿hay tal conocimiento a priori?

Kant coincidía con Hume en que la **universalidad** y la **necesidad** no se derivan de la experiencia. Si encontramos, por tanto, conocimientos universales y necesarios, podemos estar seguros de que son a priori.

Sólo los **juicios sintéticos a priori** pueden considerarse conocimientos a priori. Los juicios son de dos tipos: analíticos y sintéticos. En los **juicios analíticos** el predicado se haya implícito en el sujeto, por lo que se obtiene de un mero análisis de él. Por ejemplo, el juicio: "el triángulo tiene tres ángulos" es analítico. Todos los juicios analíticos son universales y necesarios, por lo que son a priori. Pero, el problema que tienen los juicios analíticos es que no son verdaderos conocimientos, sino tautologías; en efecto, poco habríamos aprendido después de saber que el triángulo tiene tres ángulos, el padre un hijo o que el casado tiene esposa. Sólo los **juicios sintéticos**, por tanto, pueden ser considerados auténticos conocimientos. En los juicios sintéticos el predicado no está incluido en el sujeto, por lo que al relacionarlos sabemos algo nuevo. Ahora bien, el problema que tienen los juicios sintéticos es que aparentemente son todos a posteriori, es decir, producto de la experiencia. Por ejemplo, el juicio: "los cuervos son negros", donde, naturalmente, no se puede extraer el que sean negros del análisis del concepto cuervo. Los juicios metafísicos no pueden ser sintéticos a posteriori. La única posibilidad, por tanto, es que la metafísica esté constituida por juicios sintéticos a priori. ¿Pero existen tales juicios?

Según Kant sí existen tales juicios. Y, además, existen en la ciencia: la matemática y la física. Por lo que respecta a la **matemática**, toda ella está constituida por juicios sintéticos a priori. Tomemos un ejemplo de la aritmética: " $7+5=12$ ". Este juicio es a priori por ser universal y necesario, y es, además, sintético, porque el predicado 12 no está en el sujeto  $7+5$ , donde aún no se ha realizado la suma (hay que decir, que la mayor parte de los filósofos y matemáticos han pensado siempre que la matemática es analítica; por ejemplo, Russell, quien critica expresamente a Kant). Tomemos un ejemplo de la geometría: "la línea recta es la distancia más corta entre dos puntos", juicio a priori por ser universal y necesario, y, además, sintético, puesto que el concepto de recta se refiere exclusivamente a consideraciones cualitativas sobre las líneas, y no de cantidad. En **física** también existen, según Kant, juicios sintéticos a priori, como el juicio "todo lo que sucede tiene

una causa". En efecto, es sintético, y universal y necesario, pues no se trata de una mera generalización, sino que no podemos concebir que suceda alguna cosa sin una razón.

#### 3.4. EL IDEALISMO TRASCENDENTAL.

Según Kant, estos conocimientos a priori no son conocimientos sobre el mundo, sino sobre nuestra propia forma de conocer. Conocer no es reflejar las cosas tal y como son, como sobre un espejo, sino conformar un material que nos viene de fuera, según las estructuras de nuestra propia mente. Los objetos, tal y como son conocidos por nosotros (**fenómenos**, los llama Kant, de *fainomenon*, lo que aparece), están compuestos de una **materia** (sensaciones que vienen de fuera) y de una **forma** (la forma que tiene la mente de conocerlas). De este modo, nuestra forma de conocer posibilita el conocimiento, al mismo tiempo que lo condiciona, al imponerle ciertas características. Por eso, la filosofía de Kant es idealista, pero se trata de un **idealismo** a medias, que Kant llama **trascendental** (*trascendental* es un término que se refiere a esa parte a priori del conocimiento).

Las sensaciones serían causadas por las **cosas en sí**, tal y como son en sí mismas, aparte de su aparecer. Éstas serían incognoscibles para nosotros. Nuestro conocimiento es, por tanto, **limitado**.

Kant creía haber llevado a cabo una auténtica **revolución copernicana** en teoría del conocimiento, ya que el conocimiento no consistiría en reproducir, sino en transformar, esto es que el conocimiento no giraría en torno a las cosas, sino en torno al sujeto. Así, creía también, que había progresado tanto la ciencia últimamente, desde que su método había cambiado radicalmente, y, en lugar, de observar el mundo pasivamente, como había ocurrido hasta entonces, se hacía consistir éste en constatar como las cosas ocurren según habíamos previsto con nuestras hipótesis (desde que la investigación consiste, no en tomar notas como un alumno, sino en obligar a contestar del modo como un juez quiere que se le conteste, dice Kant).

#### 3.5. LAS FORMAS A PRIORI DE LA SENSIBILIDAD Y DEL ENTENDIMIENTO.

La **sensibilidad** es la facultad de sentir, de recibir las sensaciones que vienen de fuera. Ahora bien, nosotros tenemos una forma de sentir, y ésta consiste en sentir en el **espacio** y el **tiempo**. El espacio y el tiempo no son conocidos por experiencia, como cualquier otro objeto que conocemos a través de los sentidos, sino que todos estos objetos se ordenan (toman forma) en el espacio y el tiempo.

Por eso la **matemática** es a priori, porque es un estudio del espacio y el tiempo. El espacio es la geometría y la aritmética el tiempo (contar es contar el tiempo).

Pero no basta la sensibilidad para conocer, sino que es necesario también el entendimiento, la facultad de pensar ("pensamientos sin contenido son vacíos, intuiciones sin conceptos son ciegos"). Al igual que tenemos una forma de sentir, tenemos también una forma de pensar. Un análisis de esta forma de pensar nos da doce formas más concretas, que Kant llama **categorías**. Aquí sólo tendremos en cuenta dos: la categoría de **sustancia** y la categoría de **causa**. Y es que nuestra forma de pensar consiste en atribuir propiedades a las cosas y en asignarles causas. De este modo, como en el caso de las formas a priori de la sensibilidad, se relacionan y unifican las sensaciones.

### 3.6. LA IMPOSIBILIDAD DE LA METAFÍSICA.

Ahora que sabemos qué es conocer y por qué la ciencia marcha tan bien, podemos ver cual es el fallo de la metafísica: que pretende conocer cosas en sí. En metafísica se hace un uso ilegítimo del espacio y del tiempo y de las categorías, aplicándolos a las cosas en sí (p.ej. Dios causa primera), cuando su uso legítimo es su aplicación a las sensaciones.

Cuando falta la materia del conocimiento se puede demostrar todo, una cosa y lo contrario (esto es lo que se llama **antinomía**). Por ejemplo, se puede demostrar tanto que el mundo es eterno como que tiene que haber tenido un comienzo en el tiempo (aplicación del tiempo a una cosa en sí como es el mundo). Si es eterno, hasta el momento presente tendría que haber transcurrido un tiempo infinito, cosa que es imposible; si hubiera tenido un comienzo en el tiempo, antes de que el mundo existiera no habría nada, y de la nada nada puede salir.

## 4. ETICA.

Según Kant, la razón la utilizamos no sólo para conocer el mundo en el que vivimos (uso teórico), sino también para guiar nuestros pasos en él (uso práctico). La obra fundamental de ética kantiana es la *Crítica de la razón práctica*, pero también merece ser tenida en cuenta la *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*.

Lo único que puede haber **absolutamente bueno**, nos dirá nuestro autor es una **buena voluntad**. En efecto, todo lo demás que pudiera parecer bueno, como la inteligencia, la valentía, la riqueza, etc., no es absolutamente bueno, sino relativamente bueno; sólo es bueno si la voluntad es buena, pues pueden ser extraordinariamente dañinos si la voluntad que las anima es mala. Estamos hartos de ver gente inteligente muy mala, ladrones muy valientes, un uso inapropiado de la riqueza, etc.

Ahora bien, una voluntad es buena no porque tenga éxito en su querer, pues no importan los resultados, sino sólo la **intención**.

Sólo una voluntad es buena, además, cuando lo que quiere es su **deber**, pero lo ha de querer solamente porque es su deber. Por ejemplo, puede ocurrir que un comerciante sea honrado porque piense que es la conducta más comercial: en este caso el comerciante hace lo que es su deber, pero no lo hace por el deber mismo; su voluntad no es buena. Incluso en el caso de que alguien no se suicide por miedo a la muerte no tiene ningún mérito; el mérito está en conservar la vida porque es nuestro deber.

¿Cuál es nuestro deber? Es obrar según una ley de la razón que dice que mis normas morales han de poder ser universalizables, es decir poder convertirse en normas de todos. Por ejemplo, ¿he de prometer devolver un dinero prestado, sabiendo que no lo haré? ¿Qué pasaría si todo el mundo hiciera lo mismo? Que nadie prestaría dinero. Pues bien: ¿me gustaría a mí vivir en un mundo así? No. Luego, no he de hacer falsas promesas.

Kant distingue entre imperativos hipotéticos e imperativos categóricos. **Imperativos hipotéticos** son los que se deben realizar, pero no por sí mismos, sino como medios para alcanzar algún fin que sí es bueno en sí mismo. Los **imperativos categóricos** ordenan acciones buenas en sí mismas, y que se deben cumplir porque sí. La ley anterior, según Kant, es un imperativo categórico.

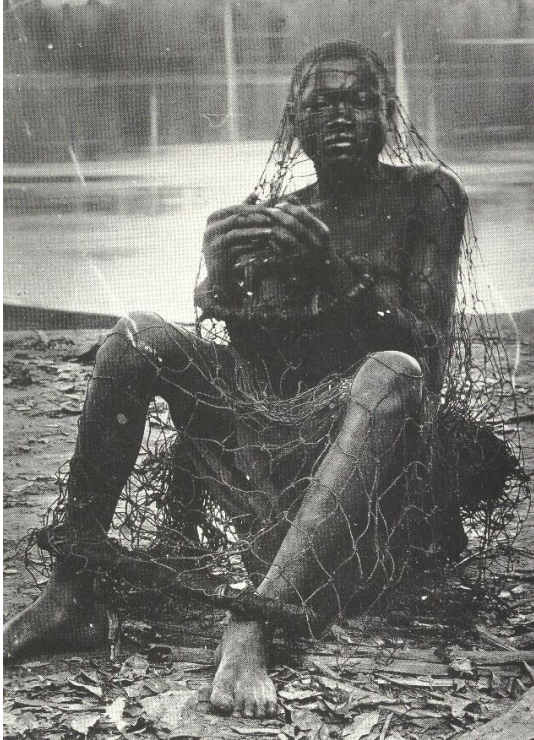
La ética de Kant es una ética formal. Las éticas son de dos tipos: materiales y formales. Las **éticas materiales** te dicen en concreto lo que debes hacer (buscar el término medio, permanecer imperturbable, no temer a la muerte, etc.); las **éticas formales** sólo te refieren la forma de hacer las cosas. Las éticas materiales te dicen el qué, las formales el cómo (en el caso de la ética de Kant obrar de tal forma que puedas querer que tu norma se pudiera transformar en ley para todos). Todas las éticas anteriores a la kantiana eran materiales.

El imperativo categórico es una ley de la razón. La ética kantiana es **antropocéntrica**. Distingue Kant entre su ética, la que llama **autónoma**, de las demás, **heterónomas**, en las que el hombre se somete a otras instancias ajenas a su razón (cuerpo, Dios, etc.). Por eso, el imperativo categórico se puede formular de esta otra forma: "Obra siempre de tal modo que trates a todos los demás y a ti mismo como un fin y nunca como un medio". Sólo un ser que es fin en sí mismo puede decirse que tiene **dignidad** y merece ser llamado **persona**.

Los temas de la metafísica: libertad, inmortalidad y Dios, que habían sido descartados del ámbito cognoscitivo de la razón teórica, por estar más allá de sus límites, ahora van a reaparecer en la ética como **postulados de la razón práctica**.

Kant toma el término *postulado* de la matemática. Los postulados no son axiomas (indemostrables, aunque evidentes en sí mismos) ni tampoco teoremas (no evidentes en sí mismos, aunque demostrables), sino indemostrables a la vez que no evidentes en sí mismos. ¿Por qué se admiten entonces dentro de la matemática? Porque, si no, toda ella se viene abajo. El postulado más importante es el de las paralelas (por un punto





Fotografía tomada a un esclavo en el Congo a comienzos de siglo. "Obra siempre de tal modo que trates a todos los demás y a ti mismo como un fin y nunca como un medio".

exterior a una recta sólo se puede trazar una paralela a ella). Este postulado es básico en matemáticas. Igual, piensa Kant, ocurre en ética, la existencia de la libertad, la inmortalidad del alma y la existencia de Dios no son verdades evidentes en sí mismas ni tampoco se pueden demostrar, pero se han de postular si queremos que haya ética.

La **libertad** se ha de postular, puesto que es una condición necesaria para que haya moral. La **inmortalidad** se ha de postular, puesto que no está claro que en esta vida los buenos sean felices ("la virtud produce la felicidad" es un juicio sintético a priori). **Dios** se ha de postular, puesto que es el garante de que en la otra vida los buenos sean felices. "Tuve que suprimir el saber para dejar sitio a la fe", escribió Kant.

## 5. TEXTOS.

"Cuando Galileo hizo rodar por el plano inclinado las bolas cuyo peso había él mismo determinado; cuando Torricelli hizo soportar al aire un peso que de antemano había pensado igual al de una determinada columna de agua, cuando más tarde Stahl transformó metales en cal y ésta a su vez en metal, sustrayéndoles y devolviéndoles algo, entonces percibieron todos los físicos una luz nueva. Comprendieron que la razón no conoce más que lo que ella misma produce según su bosquejo; que debe adelantarse con principios de sus juicios, según leyes constantes, y obligar a la naturaleza a contestar a sus preguntas, no empero dejarse conducir como con andadores; pues de otro modo, las observaciones contingentes, los hechos sin ningún plan bosquejado de antemano, no pueden venir a conexión en una ley necesaria, que es sin embargo lo que la razón busca y necesita. La razón debe acudir a la naturaleza llevando en una mano sus principios, según los cuales tan sólo los fenómenos concordantes pueden tener el valor de leyes, y en la otra el experimento, pensado según aquellos principios; así conseguirá ser instruida por la naturaleza, mas no en calidad de discípulo que escucha todo lo que el maestro quiere, sino en la de juez autorizado, que obliga a los testigos a contestar a las preguntas que les hace. Y así la misma física debe tan



provechosa revolución de su pensamiento, a la ocurrencia de buscar (no imaginar) en la naturaleza, conformemente a lo que la razón misma ha puesto en ella, lo que ha de aprender de ella y de lo cual por sí misma no sabría nada. Sólo así ha logrado la física entrar en el camino seguro de una ciencia, cuando durante tantos siglos no había sido más que un mero tanteo.

La metafísica, conocimiento especulativo de la razón, enteramente aislado, que se alza por encima de las enseñanzas de la experiencia, mediante meros conceptos (no como la matemática mediante aplicación de los mismos a la intuición), y en donde por tanto la razón debe ser su propio discípulo, no ha tenido hasta ahora la fortuna de emprender la marcha segura de una ciencia; a pesar de ser más vieja que todas las demás y a pesar de que subsistiría aunque todas las demás tuvieran que desaparecer enteramente, sumidas en el abismo de una barbarie destructora. Pues en ella tropieza la razón continuamente, incluso cuando quiere conocer a priori (según pretende) aquellas leyes que la experiencia más ordinaria confirma. En ella hay que deshacer mil veces el camino, porque se encuentra que no conduce a donde se quiere; y en lo que se refiere a la unanimidad de sus partidarios, tan lejos está aún de ella, que más bien es un terreno que parece propiamente destinado a que ellos ejerciten sus fuerzas en un torneo, en donde ningún campeón ha podido nunca hacer la más mínima conquista y fundar sobre su victoria una duradera posesión." (*Crítica de la razón pura*. Prólogo a la segunda edición.)

"No hay duda alguna de que todo nuestro conocimiento comienza con la experiencia. Pues ¿por dónde iba a despertarse la facultad de conocer, para su ejercicio, como no fuera por medio de objetos que hieren nuestros sentidos y ora provocan por sí mismos representaciones, ora ponen en movimiento nuestra capacidad intelectual para compararlos, enlazarlos, o separarlos y elaborar así, con la materia bruta de las impresiones sensibles, un conocimiento de los objetos llamado experiencia' Según el tiempo, pues, ningún conocimiento precede en nosotros a la experiencia y todo conocimiento comienza con ella.

Mas si bien todo nuestro conocimiento comienza con la experiencia, no por eso originase todo él en la experiencia. Pues bien podría ser que nuestro conocimiento de experiencia fuera compuesto de lo que recibimos por medio de impresiones y de lo que nuestra propia facultad de conocer (con ocasión tan sólo de las impresiones sensibles) proporciona por sí misma". (*Crítica de la razón pura*. Introducción, I.)

"Ni en el mundo, ni, en general, tampoco fuera del mundo, es posible pensar nada que pueda considerarse como bueno sin restricción, a no ser tan sólo una buena voluntad. El entendimiento, el gracejo, el juicio, o como quieran llamarse los talentos del espíritu; el valor, la decisión, la perseverancia en los propósitos, como cualidades del

temperamento, son, sin duda, en muchos respectos, buenos y deseables; pero también pueden llegar a ser extraordinariamente malos y dañinos si la voluntad que ha de hacer uso de estos dones de la naturaleza, y cuya peculiar constitución se llama por eso carácter, no es buena. Lo mismo sucede con los dones de la fortuna. El poder, la riqueza, la honra, la salud misma y la completa satisfacción y el contento del propio estado, bajo el nombre de felicidad, dan valor, y tras él, a veces arrogancia, si no existe una buena voluntad que rectifique y acomode a un fin universal el influjo de esa felicidad y con él el principio todo de la acción; sin contar con que un espectador razonable e imparcial, al contemplar las ininterrumpidas bienandanzas de un ser que no ostenta el menor rasgo de una voluntad pura y buena, no podrá nunca tener satisfacción, y así parece constituir la buena voluntad la indispensable condición que nos hace dignos de ser felices.

Algunas cualidades son incluso favorables a esa buena voluntad y pueden facilitar muy mucho su obra; pero, sin embargo, no tienen un valor interno absoluto, sino que siempre presuponen una buena voluntad que restringe la alta apreciación que solemos -con razón, por lo demás- tributarles y no nos permite considerarlas como absolutamente buenas. La mesura en las afecciones y pasiones, el dominio de sí mismo, la reflexión sobria, no son buenas solamente en muchos respectos, sino que hasta parecen constituir una parte del valor interior de la persona; sin embargo, están muy lejos de poder ser definidas como buenas sin restricción -aunque los antiguos las hayan apreciado así en absoluto -. Pues sin los principios de una buena voluntad, pueden llegar a ser harto malas; y la sangre fría de un malvado, no sólo lo hace mucho más peligroso, sino mucho más despreciable inmediatamente a nuestros ojos de lo que sin eso pudiera ser considerado.

La buena voluntad no es buena por lo que efectúe o realice, no es buena por su adecuación para alcanzar algún fin que nos hayamos propuesto; es buena sólo por el querer, es decir, es buena en sí misma. Considerada por sí misma, es, sin comparación, muchísimo más valiosa que todo lo que por medio de ella pudiéramos verificar en provecho o gracia de alguna inclinación y, si se quiere, de la suma de todas las inclinaciones. Aun cuando, por particulares enconos del azar o por la mezquindad de una naturaleza madrastra, le faltase por completo a esa voluntad la facultad de sacar adelante su propósito; si, a pesar de sus mayores esfuerzos, no pudiera llevar a cabo nada y sólo quedase la buena voluntad - no desde luego como un mero deseo, sino como el acopio de todos los medios que están en nuestro poder -, sería esa buena voluntad como un joya brillante por sí misma, como algo que en sí mismo posee su pleno valor. La utilidad o la esterilidad no pueden ni añadir ni quitar nada a ese valor. Serían, por decirlo así, como la montura, para poderla tener más a la mano en el comercio vulgar o llamar la atención de los poco versados; que los peritos no necesitan de tales reclamos para determinar su

valor." (*Fundamentación de la metafísica de las costumbres. Capítulo primero.*)

"Prescindo aquí de todas aquellas acciones conocidas ya como contrarias al deber, aunque en este o aquel sentido puedan ser útiles; en efecto, en ellas ni siquiera se plantea la cuestión de si pueden suceder por deber, puesto que ocurren en contra de éste. También dejaré a un lado las acciones que, siendo realmente conformes al deber, no son de aquellas hacia las cuales el hombre siente inclinación inmediatamente; pero, sin embargo, las lleva a cabo porque otra inclinación le empuja a ello. En efecto; en estos casos puede distinguirse muy fácilmente si la acción conforme al deber ha sucedido por deber o por una intención egoísta. Mucho más difícil de notar es esa diferencia cuando la acción es conforme al deber y el sujeto, además, tiene una inclinación inmediata hacia ella. Por ejemplo: es, desde luego, conforme al deber que el mercader no cobre más caro a un comprador inexperto; y en los sitios donde haya mucho comercio, el comerciante avisado y prudente no lo hace, en efecto, sino que mantiene un precio fijo para todos en general, de suerte que un niño puede comprar en su casa tan bien como otro cualquiera. Así, pues, uno es servido honradamente. Mas esto no es ni mucho menos suficiente para creer que el mercader haya obrado así por deber, por principios de honradez: su provecho lo exigía; mas no es posible admitir además que el comerciante tenga una inclinación inmediata hacia los compradores, de suerte que por amor a ellos, por decirlo así, no haga diferencias a ninguno en el precio. Así, pues, la acción no ha sucedido ni por deber ni por inclinación inmediata, sino simplemente con una intención egoísta.

En cambio, conservar cada cual su vida es un deber, y además todos tenemos una inmediata inclinación a hacerlo así. Mas, por eso mismo, el cuidado angustioso que la mayor parte de los hombres pone en ello no tiene un valor interior, y la máxima que rige ese cuidado carece de un contenido moral. Conservan su vida conformemente al deber, sí: pero no por deber. En cambio, cuando las adversidades y una pena sin consuelo han arrebatado a un hombre todo el gusto por la vida, si este infeliz, con ánimo entero y sintiendo más indignación que apocamiento o desaliento, y aun deseando la muerte, conserva su vida, sin amarla, sólo por deber y no por inclinación o miedo, entonces su máxima sí tiene un contenido moral." (*Fundamentación de la metafísica de las costumbres. Capítulo primero.*)

"Pero, ¿cuál puede ser esa ley cuya representación, aun sin referirnos al efecto que se espera de ella, tiene que determinar la voluntad, para que ésta pueda llamarse buena en absoluto y sin restricción alguna? Como he sustraído la voluntad a todos los afanes que pudieran apartarla del cumplimiento de una ley no queda nada más que la universal legalidad de las acciones en general -que debe ser el único principio de la

voluntad -; es decir, yo no debo obrar nunca más que de modo que pueda querer que mi máxima deba convertirse en ley universal. Aquí es la mera legalidad en general -sin poner por fundamento ninguna ley determinada a ciertas acciones- la que sirve de principio a la voluntad, y tiene que servirle de principio si el deber no ha de ser por doquiera una vana ilusión y un concepto quimérico; y con todo esto concuerda perfectamente la razón vulgar de los hombres en sus juicios prácticos, y el principio citado no se aparta nunca de sus ojos.

Sea, por ejemplo, la pregunta siguiente: ¿me es lícito, cuando me hallo apurado, hacer una promesa con el propósito de no cumplirla? Fácilmente hago aquí la diferencia que puede comportar la significación de la pregunta: de si es prudente o de si es conforme al deber hacer una falsa promesa. Lo primero puede suceder, sin duda, muchas veces. Ciertamente, veo muy bien que no es bastante el librarme, por medio de ese recurso, de una perplejidad presente, sino que hay que considerar detenidamente si no podrá ocasionarme luego esa mentira muchos más graves contratiempos que estos que ahora consigo eludir; y como las consecuencias, a pesar de cuanta astucia me precie de tener, no son tan fácilmente previsibles que no pueda suceder que la pérdida de la confianza en mí sea mucho más desventajosa para mí que el daño que pretendo ahora evitar, habré de considerar sin no sería más sagaz conducirme en este punto según una máxima universal y adquirir la costumbre de no prometer nada sino con el propósito de cumplirlo. Pero pronto veo claramente que una máxima como ésta se funda sólo en las consecuencias inquietantes. Ahora bien; es cosa muy distinta ser veraz por deber de serlo o serlo por temor a las consecuencias perjudiciales porque, en el primer caso, el concepto de la acción en sí mismo contiene ya una ley para mí, y en el segundo, tengo que empezar por observar alrededor cuáles efectos para mí puedan derivarse de la acción. Si me aparto del principio del deber, de seguro es ello malo; pero si soy infiel a mi máxima de la sagacidad, puede ello a veces serme provechoso, aun cuando desde luego es más seguro permanecer adicto a ella. En cambio, para resolver de la manera más breve, y sin engaño alguno, la pregunta de si una promesa mentirosa es conforme al deber, me bastará preguntarme a mí mismo: ¿me daría yo por satisfecho si mi máxima -salir de apuros por medio de una promesa mentirosa- debiese valer como ley universal tanto para mí como para los demás? ¿Podría yo decirme a mí mismo: cada cual puede hacer una promesa falsa cuando se halla en un apuro del que no puede salir de otro modo? Y bien pronto me convenzo de que, si bien puedo querer la mentira, no puedo querer, empero, una ley universal de mentir, pues, según esta ley, no habría propiamente ninguna promesa, porque sería vano fingir a otros mi voluntad respecto de mis futuras acciones, pues no creerían ese mi fingimiento, o si, por precipitación lo hicieren, pagaránme con la misma moneda; por tanto, mi máxima, tan pronto como se tornase ley universal, destruiríase a sí misma." (*Fundamentación de la metafísica de las costumbres*. Capítulo primero.)